

§ II.

Miéntas tanto, con su inmenso deseo de conocer las obras de Dios y de adquirir oro, estaba Colon absorto por la multitud de islas, y el inmenso conjunto de objetos nuevos que se ofrecían á su reflexion lo mismo que á su entusiasmo. Y por eso debió resignarse á describir las nuevas tierras, sin haber examinado nada á fondo. «No es mi intento—escribía á la reina—visitar estos países tan particularmente, porque no lo conseguiría en cincuenta años; y porque, al contrario, quiero ver y descubrir países nuevos en cuanto me sea posible (1).»

En este primer viaje, despues de haber descubierto aquellas regiones desconocidas, no era sólo su objeto observar la naturaleza, deseaba adquirir oro y reunir un monton considerable de este metal. Buscaba oro, á fin de que dando á España una prueba palpable de la importancia de los descubrimientos, la empeñara en su continuacion. Buscaba oro sobre todo para comenzar el inmenso tesoro que quería amontonar. Miraba siempre como objeto de su mayor ambicion el libentar la Tierra Santa, y rescatar el sepulcro de Jesucristo. Quería pues recoger, para convertirlas en oro, las especias, los frutos preciosos que produce el Oriente, á cuyas fronteras creía él haber aportado. Su principal pretension era el oro. Donde quiera que iba se informaba con mucho cuidado y diligencia del país del oro. Sólo su vista excitaba en él ardiente codicia. Quizas no hubo nunca un cristiano que ambicionara el oro con semejante anhelo; y como no lo hallaba tan pronto como él lo había esperado, dirigíase á Dios, suplicábale que le mostrara oro, que le hiciera hallar oro, que le indicara el camino por donde podia encontrarlo y el lugar donde se escondía. Despues de la toma de posesion de San Salvador, la primera pregunta que hizo por medio de signos á los indígenas, fué relativa al oro. «Yo les examinaba con mucha atencion, dice, y procuraba saber si había oro (2).» Su deseo del oro se hace ya manifiesto al siguiente día de su descubrimiento, y habla de él por tres veces en su diario, en los apuntes del 13 de octubre.

Al aportar en Santa María de la Concepcion, saltó en tierra cerca de una punta, «para saber si allí había oro.» Habla de islas donde necesariamente se encuentra oro. «En ellas pueden hallarse, continúa, muchas cosas que yo ignoro,

(1) *Diario de Colon*.—Viérnes, 19 octubre 1492.

(2) *Diario de Colon*.—Sábado, 13 octubre.

porque yo no quiero detenerme, á fin de visitar y recorrer muchas islas, para hallar oro.» Hablando más adelante de ese oro tan ardientemente deseado, añade con candor infantil: «con el auxilio de Dios Nuestro Señor, no puedo dejar de hallarle en el sitio donde nace (1).»

En la Fernandina le preocupa una plancha de oro que vió en la nariz de un indígena, y reprende á sus marinos por no haberla comprado. Prosigue su camino anunciando que en adelante se detendrá solamente en los sitios donde haya gran cantidad de oro. Ansia llegar á la isla de Saometo; porque los indígenas le han dado á comprender que está en ella el yacimiento del oro.

Llegado á la Isabel, observa desde luégo planchitas de oro en las narices de los insulares, y se detiene en ella, esperando que le traerán oro en cambio de las bagatelas de Europa. Pero no encuentra allí las vetas auríferas; y se encamina directamente hacia una isla llamada Cuba, «donde hay oro (2), especerías, grandes buques y mercaderes.» Por las descripciones que de ella hacen los indios, presume, que es la isla de Cipango, de la que se cuentan cosas tan maravillosas. «Segun las esferas que he visto, al igual que las pinturas de los mapa-mundis, se halla situada en aquellas cercanías.»

El 24 de octubre, á media noche, levó anclas el Almirante para dirigirse á Cuba, por indicacion de los indígenas que llevaba á bordo. Navegóse hacia el Oesudoeste. Soplaba viento fresco; pero al rayar el día, calmó el viento y sobrevino lluvia. Al comenzar la tarde el viento sopló otra vez apaciblemente, y la *Santa Maria*, que tenía todo el aparejo largo, navegaba viento en popa. Continuóse de este modo hasta la noche. Como el mar, sembrado de islas, estaba cubierto de bajios en los que asomaban las rocas, el Almirante se aguantó á la capa durante toda la noche, que fué muy lluviosa. El día siguiente emprendióse otra vez el rumbo con ventolina fuerte, y á las tres de la tarde, se descubrieron, á cinco leguas de distancia, siete ú ocho islas, que el Almirante llamó «las islas de Arena,» á causa de la poca profundidad del mar en aquellas aguas. Echóse allí el ancla para pasar la noche.

El viérnes, al salir el sol, dirigieronse hacia el Sudoeste, y continuaron navegando por entre islas. El día siguiente, una brisa suave empujó los buques hasta despues de anochecer, y la tierra apareció de entre las sombras; pero las carabelas se mantuvieron prudentemente á cierta distancia á causa de la oscuridad. La lluvia caía á torrentes.

(1) *Diario de Colon*.—Lúnes, 15 octubre 1492.

(2) *Diario de Colon*.—Miércoles, 24 octubre 1492.

§ III.

El domingo, al asomar el día, Colon descubrió desde la proa de su carabela en toda la línea del Sudoeste, un vasto territorio cuyo aspecto de grandeza anunciaba más bien un continente que una isla.

Las rosadas cúspides de las montañas y los violados contornos de las tierras que parecían surgir del diáfano vapor á los nacientes rayos del sol, le recordaron por su arrogante elevacion las montañas de Sicilia (1). Aromas más delicados y penetrantes, presagiaban mayor opulencia en los atavíos del suelo. El sello de asombrosa fecundidad que marca aquella tierra privilegiada, le llenaba de admiracion mientras excitaba su curiosidad. Á medida que adelantaba y podía ver mejor como sobresalía cada forma, distinguió un poder de vegetacion todavía desconocido. No era ya aquella arboleda espesa y frondosa, las plantas acuosas y los árboles algo húmedos de las Lucayas; aquí triunfaban de la imaginacion del hombre la diversidad de las perspectivas, los pintorescos contrastes é ingeniosa combinacion de los grupos.

Presentábanse desde luego cerca de la costa: cocoteros, cactus enormes, la pita carata, familias de palmíferas de formas variadas, helechos arborescentes, la oxálida de flores amarillas, la guetmia ácida, acedera gigante, cuyas hojas carmineas median hasta dos metros, el alcaparro de gruesas silicas, la sensitiva erizada, la anagálida entonces en flor, el brasilote delicadamente hendido, el maogon, la caoba, el calabacero de largas hojas, el terebinto de tronco ofensivo, el guanabano, el lapulio de ramos afelpados, el galega suave como la seda; y en las capas superiores del terreno, la aurelia catártica, el cazur que produce lozanas rosas, el guayabo nutritivo, el granado silvestre, los cañafistulas de enormes cáscaras, el tronco negro y lustroso del ébano, el uvero que extiende sus racimos por debajo de los abanicos del espinoso batanero, las ramas horizontales del cedro bastardo en contraste con las rectas columnas de las palmeras; bruñidos y esbeltos estipos separando el follaje del calaba y resguardándose debajo de la copa de un colosal quesero. El aire estaba perfumado por gran diversidad de plantas aromáticas. Osados bejucos pendían de un oloroso arbusto trepando en derredor de la corteza de un tronco seco. El tallo sarmentoso del dólico y la bignonia de rosas campánulas confundían su follaje con el de robustos árboles, mientras que el lechoso

(1) *Diario de Colon*.—Domingo, 28 octubre.

cuamochit y el bejuco acogollado de frutos dorados, pisoteados continuamente por papagayos y tórtolas, se elevaban á inmensa altura. Más á lo lejos se descubrían otras formas, otras producciones, otros efectos ópticos que la distancia y los fondos de sombrío verdor impedían distinguir claramente.

Entonces debió Colon sentir verdaderamente no conocer ninguno de los nombres y propiedades de todas aquellas plantas, y el no poder contemplar más que su forma; como también el ignorar los secretos, las virtudes, utilidades y armonías que la bondad divina depositó en aquellas producciones del suelo.

Mientras tanto descubrieron la embocadura de un río que desaguaba tranquilamente sus cristalinas aguas y ofrecía cómoda abra. El mismo instante en que iban á llegar las carabelas, iban á salir dos botes de indígenas; pero al ver éstos las lanchas de los buques que reconocían el canalizo, emprendieron precipitadamente la fuga y fueron á ocultarse.

Hallaron excelente anclaje, y mientras se procedía á esta operacion, examinaba el Almirante las orillas, y sentía aumentarse su admiracion. Si acababa de experimentar desde lejos el efecto de las perspectivas, ahora de cerca, la riqueza de los pormenores ponía de manifiesto sus prodigios.

Descubriáanse troncos de árboles á manera de pilastras, cipos, candelabros y cirios, agregados por follajes imitando cúpulas, sombrillas y abanicos, en medio de colgaduras de ricos matices. Entre los vegetales distinguía hojas agudas, rígidas, lisas, aterciopeladas, redondas, cilíndricas; lanceoladas, cordiformes; espátulas, palmitas agudas, corazones, flechas, raguetas, espesas ramas al lado de follajes satinados, alados, de recortes aéreos, que dejaban penetrar los rayos del sol, flores de color encarnado, azul, topacio, delicadamente galoneadas ó reunidas en montones, alineadas en haz, escalonadas en remate; tijeretas, cálices, fibras, coronas, dentellones, umbelas de formas y aromas completamente desconocidas hasta entonces.

Lo pintoresco de los grupos, la osadía de las formas, lo chocante de los contrastes, aquella multitud de objetos, las diferencias de organizacion y de propiedades, aquellas flores, aquellos frutos, aquellos olores, aquella asociacion, aquella armonía, aquel contraste presentado de aquel modo de golpe á la observacion, hubieran abrumado á todo hombre ménos preparado de lo que estaba Colon para la contemplacion de los prodigios del Criador. Sin embargo, en medio de tan sorprendente profusion de belleza, asaz conmovido de admiracion para ensayar á describir ningun pormenor, y no sabiendo ya cómo explicarse, guardaba el humilde silencio que impone la sublimidad y se limitaba á decir «que jamas vió cosa tan magnífica (1).»

(1) Las Casas, *Diario de Colon*, 28 octubre.

Desde su carabela abarcaba las dos orillas del río, sombreadas en toda su longitud visible, por hermosísimos árboles, de un verde muy distinto de los nuestros, cargados á un mismo tiempo de flores y frutas, y sobre los que revoloteaban pájaros de luciente plumaje y avecillas de dulces y suaves gorjeos. Entre tantas especies de vegetales desconocidos, su talento observador distinguió varias clases de palmeras diferentes de las que crecían en España, Canarias y en la costa de Africa.

Precisándole el comenzar la investigación del oro y la colección de los productos del suelo, saltó el Almirante á su lancha, tomó posesión de aquella tierra en la forma acostumbrada, plantó en ella una cruz grande, dió á la isla el nombre de Juana y al puerto el de San Salvador. Distinguiendo luego dos casas lejanas, presentóse en ellas, pero sus habitantes habían huido al acercárseles. No encontró allí más que un perro tímido y callado, inútil guardian de algunos utensilios de pesca. Reiteró su prohibición de tocar ningún objeto, y luego navegó por el río hasta regular distancia.

Su alma se abismaba en indecible encanto al contemplar la profunda serenidad del cielo, la cristalina transparencia de las aguas, la suavidad del aire, las emanaciones embalsamadas, las ricas colgaduras de los árboles, los aéreos enrejados de los bejucos mecidos por las brisas, los insectos brillantes, las mariposas de luz, los colibris tornasolados, los guacamayos de plumas magníficas, el canto de los pajarillos invisibles debajo del follaje, el colorido de las flores, el encanto de las plantas nuevas, la vivacidad de los tonos del paisaje, aquellos susurros, aquellos rumores vagos ó sonoros, prolongados al través de la espesura de los bosques, la fertilidad venciendo la falta de cultivo, la vida brotando de todas partes, hormigueando con lujo inaudito y apretándose con sofocante vigor. Confiesa cándidamente que no podrá abandonar aquellos sitios sino con esfuerzo, y esperando volver otra vez á ellos. Comprende que pisa un suelo privilegiado por la naturaleza, y entonces en que aún se desconocían los dos tercios del Globo, declara que «aquella isla es la más hermosa que hayan visto jamás los ojos del hombre (1).»

El tiempo y la experiencia han sancionado la ardiente admiración del contemplativo admirador de la naturaleza. Cuba es admirada por su brillante vegetación por naturales y extranjeros; y continúa sin rival, después de la completa exploración de los espacios del Océano. Todavía es esta isla, según la expresión de Colon, «la más hermosa que hayan visto jamás los ojos del hombre.» Cuba, la perla de los mares, justifica su título de Reina que le adjudican las Antillas. Lo suave y uniforme de su temperatura, su exención de frecuentes huracanes

(1) *Diario de Colon.* — Domingo, 28 de octubre.

y de la violencia de las corrientes submarinas, la comodidad de sus puertos, la pureza de sus aguas, la frescura de sus montañas cuyas cimas se elevan hasta sumergirse en el azul del cielo, la preciosidad de sus productos y la variedad de sus perspectivas, la ponen muy por encima de toda comparación. Objeto constante de la admiración del pensador, del poeta, del pintor y del botánico, excita la pertinaz codicia de una nación vecina, invasora é insaciable, á pesar de que posee una mitad del Nuevo Continente.

En medio de la multitud inmensa de objetos desconocidos, esforzabase Cristóbal Colon por comprender y alcanzar los sublimes resplandores de la Idea Creadora, saber las nuevas maravillas con que la ciencia de Dios se dignaba manifestarse á la inteligencia, y sorprender el indicio de alguna ley del universo. Porque desde aquella época llevaba en sí el germen de la observación filosófica y de la tendencia á la generalización de los hechos, que tanto se desarrolló después en él.

La poesía, la admiración, sus grandes miras no le hacen olvidar nunca el lado práctico, útil y comercial de las cosas. Después de haber descubierto varias palmeras, examina las yerbas, tan altas á fin de octubre como se las ve en Andalucía en el mes de mayo, y reconoce en ciertas plantas los caracteres del peplido y del berro. Habiendo observado la abundancia de las yerbas que brotaban casi en la misma orilla de la playa, en el borde de las aguas, infirió de ello muy exactamente que en aquel lugar debía el mar permanecer siempre tranquilo. Efectivamente, aquella costa se hallaba preservada por todo lo ancho de la isla de las violencias de la corriente ecuatorial que pasa entre Cuba y el continente americano. Observó el Almirante un sitio que juzgó propio para la formación del nácar de perlas. Encontrábase allí varias conchas bivalvas que son como indicación de las mismas. Los indios le manifestaron que había en la isla perlas y minas de oro.

Solicitó por descubrir aquel oro, levó anclas el Almirante el día 29 de octubre y navegó hacia el Occidente para ir á la capital que indicaban los indios. Descubrieron muy luego la embocadura de una corriente de agua á la que dió el nombre de «Río de la Luna.» Hacia la noche se dió aviso de otro, mucho más ancho, que llamó «Río de los Mares.»

Enviáronse dos embarcaciones á tierra para tomar informes; pero toda la población se había alarmado y huido apenas divisaron á los extranjeros. Las casas, formadas como tiendas militares, construidas acá y acullá sin regularidad, ofrecían la más extremada limpieza exterior, acompañada de cierta elegancia en su modesto mueblaje. Halláronse en ellas estatuas pequeñas que representaban mujeres, y varios bustos cincelados con arte. También había allí perros tímidos y mudos, inútilmente fieles á su domicilio: en su taciturna compañía vivían algunos pájaros domesticados. Numerosos utensilios de pesca indicaban el género de industria de aquellas tribus. También prohibió el Almirante que se tocara lo más mínimo.

La magnificencia que aquí admiraba Colon merecía igualmente su estudio. Observaba la indecible hermosura de los árboles y el sabor de las frutas. Las noches pasadas en la contemplación de aquella naturaleza, en la observación de la bóveda celeste, recibían completo hechizo de la errante luz de las luciolas, de la suavidad del aire, de las olorosas emanaciones del suelo y del agua que bañaba plantas balsámicas. Escuchaba con melancólico placer á los pequeños cantores de las florestas, el gorjeo de los pajarillos, la cantilena del ruiseñor, recogiendo todos los sonidos de aquella rica naturaleza, distinguiendo las menores notas en la de aquella deliciosa melodía, reconocido hasta á la voz del humilde grillo (1) que recordaba á los marineros durante las horas de servicio sus juegos infantiles en el hogar de la lejana patria.

Su pasmo religioso y la poética expansión de sus emociones no detenían ni retardaban sus investigaciones cosmográficas. Mientras gozaba de la serenidad de aquellas noches tranquilas y embalsamadas, igualmente exentas de calor y de frío, preguntábase porqué en un radio tan próximo á las islas Bahama, donde el calor era muy fuerte, se disfrutaba de una temperatura tan templada. Su meditación halló la causa de esta diferencia. Desde luego atribuyó el calor de las islas Bahama á su nivel constantemente llano y á la falta de toda montaña, así como á la constancia de los vientos tibios que soplaban del Este. Juzgaba que la calma del mar debía favorecer en aquellas aguas la formación de las conchas de perlas.

El día siguiente, continuando el Almirante su ruta al Oeste, descubrió un cabo tan ricamente cubierto de árboles palmíferos que lo llamó «Cabo de Palmeras.» Los indios embarcados en la *Pinta* dijeron al capitán que detrás de aquel cabo corría un río distante solamente de Cuba unas cuatro jornadas. Martín Alonso Pinzón no dudaba de que la costa que seguían era un continente y Cuba una gran capital. Por efecto de su estudio del planisferio ideal de Toscanelli, que le comunicó Colon y que él se guardó tres días, creía Martín Alonso haber llegado á los países que en dicho mapa estaban señalados hipotéticamente.

Colon pensó que aquella tierra tan vasta, de influencias tan caracterizadas, era quizás el continente asiático, y que se hallaban á unas cien leguas de Zayto y de Quinsay.

El viernes, 2 de noviembre, resolvió el Almirante, para salir de sus dudas, enviar un encargado al soberano de aquella región, á cuyo efecto escogió á Rodrigo de Jerez, quien había ido ya á África, y al poliglota Luis de Torres, judío convertido, agregado en otro tiempo á la familia del gobernador de Murcia en calidad de preceptor, á quienes agregó dos indios como intérpretes eventuales. Provistos

(1) *Diario de Colon.* — Lunes, 29 octubre 1492.

aquellos encargados de abalorios para procurarse viveres en el camino, debían dirigirse al gran Khan, y notificarle la llegada en sus Estados del Almirante encargado de una carta y regalos de parte de los reyes de España, deseosos de establecer amistosas relaciones con Su Alteza. Colon les dió instrucciones muy circunstanciadas acerca de las observaciones que debían hacer en dicha excursión. Durante su ausencia, el Almirante mandó practicar algunas reparaciones en los tres buques, teniendo empero la precaución de no tumbar más que uno solo á la vez en la costa, á fin de evitar toda sorpresa, y tener dos de ellos dispuestos siempre para combatir, aunque según las apariencias no había motivos para temer á los indígenas.

Los encargados regresaron al cabo de seis días.

En lugar del gran Khan y de su capital, no habían hallado más que un pueblo de cincuenta casas donde les recibieron como seres bajados del cielo. Los habitantes más distinguidos les habían llevado en brazos á la casa principal, y hecho sentar en sus asientos, mientras que se ponían respetuosamente en el suelo para besarles los pies y las manos.

Cuando regresaban los mensajeros, encontraron en el camino mucha gente, hombres y mujeres, que llevaban en la mano yerbas secas, envueltas en otra hoja seca también, arrollada en forma de flajolí, y encendida en un extremo, mientras tenían el otro en la boca que lo chupaban aspirándolo, arrojando de este modo de la boca nubecillas de humo. Á esta especie de flajolí daban ellos el nombre de *tabaco*, que nosotros hemos dado á la misma planta.

Los enviados habían recorrido tierras perfectamente cultivadas, sembradas de caseríos; habían visto muchísimos árboles, flores, yerbas balsámicas y aves desconocidas enteramente en España, excepto ruiseñores, perdices y patos de los cuales había allí mucha abundancia. Por otra parte, no habían oído hablar del gran Khan; los intérpretes y los habitantes no habían podido tampoco entenderse sobre este particular. Tampoco había nada que indicara entre ellos la existencia de minas de oro.

Pero si no se veía oro en aquella fértil región, había allí almas que salvar, pueblos pacíficos que conservar, y Colon formaba muy favorable juicio de sus disposiciones religiosas. Manifestaba sus esperanzas á los reyes en estos términos: «Sostengo, Serenísimos Príncipes, lo dicho: todos se harán cristianos desde el momento que los misioneros les hablen su lengua. Espero en Nuestro Señor que Vuestras Altezas se decidirán pronto á enviarlos, á fin de reunir á la Iglesia tan numerosos pueblos; y que Vuestras Altezas los convertirán tan ciertamente como destruyeron á los que no quisieron confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (1), (los moros y sarracenos de España).» Como Colon, llevado del ardor

(1) *Diario de Colon.* — Martes, 6 noviembre 1492.